



EL ECO DE CARTAGENA

Año XXXIV

DECANO DE LA PRENSA LOCAL

Núm. 9673

PRECIOS DE SUSCRIPCION:

En la Península.—Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero.—Tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia á la Administración.

REDACCION Y ADMINISTRACION, MAYOR 24

MIÉRCOLES 31 DE ENERO DE 1894.

CONDICIONES:

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue Cammartin, 61, y J. Jones, Faubourg Montmartre, 31.

LA CUESTION DE MELILLA Y LA LEGIA JABONOSA DE JOSE IGNACIO MIRABET.

Son dos cosas completamente distintas; pues mientras nuestras tropas salen de Melilla, cada día llegan á Cartagena mayores partidas de la sin rival Legia jabonosa, vendiéndose en los puntos siguientes:

Cooperativa del Ejército y Armada, calle de Jara; Droguería de D. Juan Vilagrán, calle del Carmen; D. Tomás Sava, calle de Osuna; D. José Ruiz Navarro, Comedias 5; D. José Andrés Costa, San Francisco esquina Paías; Sra. Viuda é hijos de Pico, plaza de las Verduras; don José García y García, calle del Carmen esquina á la de San Roque; Droguería de D. Adolfo Fernández, calle de San Miguel esquina á la de Jara; D. José Casanovas, Serreta 5; D. José Pagán, Aire 8; D. Victor Martínez, plaza del Sevillano 5; Droguería de los Sres. Cánovas hermanos, Mayor 18; D. Francisco Balibrea, Serreta frente á la Caridad; D. Agustín Conesa, calle de Canales; Don Angel Solano, enfrente de la Caridad; D. José León Costa, Duque esquina á la plaza de San Leandro; Droguería calle del Duque núm. 17; D. Antonio Navas, calle de la Palma; Sra. Viuda é hijos de Máximo Gutiérrez, Verúras 14; D. Ginés García Canabate, Caballos 1; D. Juan Roca, Lizana 1; D.ª Francisca Rubio, plaza Roldán; D. Juan Cecilia, Angel 36; D. Gerónimo Martínez, calle del Aire 2; D. Ginés Ros Barbero, Cua tro Santos 15; D. José Guillén, San Fernando 57; D. Cecilio Cutillas, Serreta.

Para los pedidos dirigirse al único representante en las provincias de Albacete, Murcia, Alicante y Almería, D. Fernando Giménez de Berenguer, San Fernando 39, pral. Cartagena.

NOVEDADES

EN EL
MUSEO COMERCIAL.

Romanas privilegiadas empezando por cero. Gran precisión.—Hornillos para planchadoras, sastres y sombrereros para calentar 6 planchas simultáneamente y sirve á la vez de cocina.—Catres de campaña con somiers que pueden trasportarse fácilmente.—Cocinas con horno muy económicas.—Mosaicos de madera para sustituir el alfombrado.—Esufas Chouberki nuevo modelo.—Gas y electricidad.—Aparatos para el alumbrado.—Lámparas para salón y gabinete alta novedad.

PASAJE DE CONESA.—PUERTA DE MURCIA

DESDE MADRID.

Sr. Director de EL ECO DE CARTAGENA:

Muy señor mío: Empiezo—con permiso de los anarquistas—por encontrar ridículo el modo de proceder para con ellos. Ya que los

terroristas fundan en el terror su doctrina, castígueselos y redúzcales por el terror.

En Barcelona parece haber asentado su trono el anarquismo y Barcelona tiene la obligación de que el mal no infeste el resto de España. Si, como en todo, obramos con tiempo necesario, no cabrá ya remedio en lo humano y para evitarlo no se ha de necesitar más tiempo que en el que se firme una sentencia. En Cádiz—Puerto Serrano—ha formado el Alcalde una lista de más de treinta anarquistas. Pero no crean Udes. que se ha inquirido si quiera para qué se reunían, no, se ha formado una lista y ¡ya basta! Que el vecino pacífico que en la mayor parte de los casos, es un burgués que empeña el reloj por la mañana para dar pan á sus hijos por la tarde—se guarde bien de llevar un día á éstos al teatro, por que el festejo puede costarle sus vidas; que se libre de exigir á sus operarios un trabajo mejor hecho, por que éstos harán como gusten y, en una palabra, que el que tenga capa, regale la americana, cediendo

por gusto ó por fuerza el *chaquet* de los domingos, si no quiere exponerse á pagar más caros lo que tan legítimamente reclaman los *terroristas*.

El atentado de Barcelona pide, según mi juicio, una conducta muy otra á la que seguimos y nada me parece bastante enérgico si aniquila esa chusma asquerosa de reptiles, sin creencia noble que disculpe sus actos, sin esperanza grande que los anime y sin razón alguna en que puedan apoyarse.

El bandolerismo tiene entre tanto acobardada á la «luciente Andalucía» que diría Rueda, y si no va pronto un Zugasti oímos decir de puerta á puerta:

«Oiga osté, comare, ¿quié osté que nos ajuntemos padir á buca una cajita de patillas del Dr. Morales para la too? Miste, yo tengo á mi probesito mario enfelmo hase seis días, y como que la *partia* no quiere apartarse, pos jhase seis días que no sargo ni en tan siquera pol una panilla daceito.»

La cobardía nos invade y lo que hay que ser es *guapo*, como sostiene cierta señora viuda amiga mía, que no encuentra á nadie ni bastante feo... ni bastante valiente.

Todo está al respectivo para nosotros: el diputado Mr. Plichón ha dirigido una comunicación al Presidente Casimir Perier excitando á que se haga pagar cinco francos más por hectólitro de trigo extranjero, sobre la antigua tarifa. Puede arreglarlo el Sr. Gamazo que entiende de trigo y lo de los vinos... eso no decimos *quiénes*, porque no está bien decir *quié* entiende de esas cosas.

No nos queda más remedio que procurar en lo posible que no gasten nuestros aristócratas en coche y pínzas el poco dinero que podemos invertir en el sostenimiento de nuestra industria. Los cromos con que los Sucesores de Ondátegui han sustituido estos años las antiguas tarjetas de felicitación, nos permite apreciar el gusto y la elegancia

con que hacemos las cosas en este Madrid tan desconocido. Esta misma casa no puede envidiar á ninguna de las que en el extranjero se dedican á hacer *trousseaux* y canastillas y así lo van conociendo las damas de la *crème* madrileña que andan revolucionadas con el último *trousseau* que Ondátegui ha expuesto.

Esta *crème* que empalaga de puro dulce, goza inmensamente si su modista tiene seis hachos en su apellido, su diamantista quince erres y se cura con específicos de cualquier casa alemana, cuya razón social parezca el estornudo de un diftérico.

**

En este momento, Sr. Director, recibo la noticia de que ha de celebrarse un *meeting* en alta mar. *Meeting* anarquista que tendrá por objeto nombrar una cabeza en la que «depositar la jefatura para la demolición de todo lo creado por las clases hartas de bienestar y holganza.»

La noticia ha producido gran alarma y se asegura que se han tomado enérgicas medidas para prohibir en absoluto una reunión de esta índole.

Recibo también un despacho de Namur anunciando que en estos cuatro últimos días, han muerto veinte y seis personas del cólera, en Atenas media población sufre la *influenza ó dengue* y aquí los *sulseces* de Gedeon y Galínez, únicos personajes á quienes queda alguna gracia, aunque muchos, como Fabié, hagan desternillarse de risa á los «seis reyes y un santo que salieron de aquel canto» del patio del Monasterio del Escorial.

De V. atento. s. s. q. b. s. m
Garci-Fernández

UNA POESIA DE BALART.

La publicación del libro *Dolores*, en que Balart ha depositado tantos y tan delicados sentimientos, despierta con so-

brado motivo verdadera curiosidad en cuantas personas aman la poesía.

De oportunidad creemos reproducir aquí la siguiente hermosísima composición, en que palpitan todas las inefables delectaciones de un alma herida por la muerte del sér amado.

RESTITUCION

Estas pobres canciones que te consagro, En mi mente han nacido por un milagro Desnudas de las galas que presta el arte, Mi voluntad en ellas no tiene parte; Yo no sé resistirlas ni suscitárlas; Yo ni aun sé comprenderlas al formularlas; Y es en mi su lamento, sentido y grave, Natural como el trino que lanza el ave. Santas inspiraciones que tú me envías, Pues lo decís, esposa, que no son mías; Penamiento y palabra de tí recibí; Tú en silencio las dictas, yo las escribo.

Desde que abandonaste nuestra morada, De la mortal escoria purificada, Transformado está el fondo del alma mía, Y voces oigo en ella que antes no oía.

To lo cuando en la tierra y el mar y el viento Tiene matiz, aroma, forma ó acento, De mi ánimo abatido turba la calma. Y en cañón se convierte dentro del alma. Y es que, en estas tinieblas donde me pierdo, Todo está confundido con tu recuerdo; Sin él, todo es silencio, sombra y vacío En la tierra, y el viento, y el mar bravío.

Rosarios peñascos, áspera breña Donde salta el torrente de Peña en Peña; Corrientes vividoras del claro río, Religiosos murmullos del bosque umbrío; Tórtola que en sus frondas unes tus quejas Al calmante zumbido de las abejas; Águila que te elevas en corvo vuelo Por el azul espacio que cubre el cielo; Golondrina que emigra cuando el Octubre Con sus pálidas hojas el suelo cubre, Y el amor de tu nido tornas ligera *Chirriar* que te flores, la primavera; Eduvies de azucena, jazmín y nardo; Besas que en el desierto sois mensajeras De los tiernos amores de las palmeras; — De las pobres palmeras que, separadas, Se miran silenciosas y enamoradas; — Pájaros nieblas del valle, nieves del monte, Cambiantes y vislumbres del horizonte; Tempestad que bramando con ronco acento Tus cabelleros llueves tiendes al viento; Solitaria enseñada, vestinga ignota Donde oculta su nido la gaviota; Olas embravecidas que pone á raya Con sus rubias arenas la corva playa; Grutas donde repiten con sordo acento Sus querellas y halagos el mar y el viento; Velas desconocidas que, en lontananza, Pasáis como los sueños de la esperanza;

Capítulo XI

MAGUA había escogido para la parada que acababan de hacer, una de esas montañas de poca altura pero muy escarpadas y de forma piramidal, que parecen elevaciones artificiales, y que se ballan en gran número en los valles de los Estados Unidos. Aquella era de regular altura; el vértice era aplanado, y la pendiente rápida, pero con una desigualdad muy notable por un lado.

Las ventajas que presentaba aquel sitio para descansar en él, parecía únicamente en su aspereza, y su forma, que hacían casi imposible una sorpresa, y

186 BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA.

á la cabeza de la banda para dirigirla. David marchaba detrás de él; el aturdimiento que le había producido la caída, se había disipado completamente; el dolor de su herida era menos vivo, y parecía tener completo conocimiento de su triste situación. Le seguían las dos hermanas, llevando al mayor á su lado; los indios cerraban la marcha, y no abandonaban un momento la vigilancia de sus prisioneros.

Caminaron así durante algun tiempo en un profundo silencio, solo interrumpido por algunas palabras de consuelo que el mayor dirigía de cuando en cuando á sus compañeras, y por algunas piadosas exclamaciones; en las que exhalaba David la amargura de sus pensamientos, queriendo expresar al mismo tiempo una humilde resignación. Se dirigían hácia el sur, en una dirección casi opuesta al camino que conducía á William Henry.

Esta circunstancia podía hacer creer que Magua no había cambiado de propósitos, pero Heyward no podía suponer, que resistiera á la atención de las seductoras ofertas que le había hecho, y sabía que el camino más apartado, conduce siempre á su fin, á un indio que cree necesario recurrir al disimulo.

Anduvieron así muchas millas, por bosques cuyo término no se veía, y nada indicaba que se aproximasen al término de su viaje. El mayor examinaba con frecuencia la posición del sol, cuyos rayos dora-

EL ULTIMO MOHICANO.

187

ban en aquel momento las ramas de los pinos, bajo los que caminaban. Suspiraba porque llegase el instante en que la sagacidad de Magua viera llegada la ocasión de tomar un camino más conforme con sus esperanzas.

Por último, se figuró que el astuto salvaje, creyendo imposible evitar el encuentro con el ejército de Montecalm, que se adelantaba por la parte del norte, se dirigía á un establecimiento muy conocido, situado en la frontera, perteneciente á un distinguido oficial que tenía en el su habitual residencia, y que gozaba por completo de las simpatías de las Seis-Naciones. Ser entregado á Sir William Johosson, le parecía una alternativa preferible á la de tener que llegar á los desiertos del Canadá, para evitar el encuentro de Montecalm; pero antes de llegar allí, quedaban todavía muchas leguas de camino por la selva, y cada paso lo alejaba más del teatro de la guerra, á donde lo llamaban su honor y su deber.

Solamente Cora se acordó de las instrucciones que el cazador le había dado al separarse de ellos, y cada vez que se presentaba ocasión, extendía la mano, para coger una rama y romperla. Pero la infatigable vigilancia de los indios, hacia la ejecución de este propósito tan difícil como peligroso, y renunciaba á él al encontrar las miradas feroces de los sombríos guardianes que la vigilaban, apresurándose entonces